

LA HUESTE



(Un camino. A lo lejos, el verde y olo-
roso cementerio de una ladea. Es de noche
y la luna naciente brilla entre los cipreses.
Don Juan Manuel Montenegro, que vuelve
borracho de la feria, cruza por el camino ji-
nete en un potro que se muestra inquieto
y no acostumbrado á la silla. El hidalgo,
que se tambalea de borrén á borrén, le go-
bierna sin cordura, y tan pronto le casti-
ga con la espuela como le recoge las rien-
das. Cuando el caballo se encabrita, luce
una gran destreza y reniega como un conde-
nado.)

EL CABALLERO

¡Maldecido animal!... ¡Tiene todos los de-
monios en el cuerpo!... ¡Un rayo me parta
y me confunda!

UNA VOZ

¡No maldigas, pecador!

OTRA VOZ

¡Tu alma es negra como un tizón del infierno, pecador!

OTRA VOZ

¡Piensa en la hora de la muerte, pecador!

OTRA VOZ

¡Siete diablos hierven aceite en una gran caldera para achicharrar tu cuerpo mortal, pecador!

EL CABALLERO

¿Quién me habla? ¿Sois voces del otro mundo? ¿Sois almas en pena ó sois hijos de...

(Un gran trueno retiembla en el aire, y el potro se encabrita con amenaza de des-

arzonar al jinete. Entre los maizales brillan las luces de la Santa Compañía. El Caballero, siente erizarse los cabellos de su frente, y disipados los vapores del mosto. Se oyen gemidos de agonía y herrumbroso són de cadenas que arrastran en la noche obscura las ánimas en pena que vienen al mundo para cumplir penitencias. La blanca procesión pasa como una niebla sobre los maizales.)

UNA VOZ

¡Sigue con nosotros, pecador!

OTRA VOZ

¡Toma un cirio encendido, pecador!

OTRA VOZ

¡Alumbra el camino de la muerte, pecador!

(El Caballero, siente el escalofrío del otro mundo viendo en su diestra oscilar la llama

de un cirio. La procesión de las ánimas le rodea, y un aire frío, aliento de sepultura, le arrastra en el giro de los blancos fantasmas que marchan al són de cadenas y salmodian en latín.)

UNA VOZ

¡Reza con los muertos por los que van á morir!

OTRA VOZ

¡Sigue con las ánimas hasta que cante el gallo negro!

OTRA VOZ

¡Eres nuestro hermano y todos somos hijos de Satanás!

OTRA VOZ

¡El pecado es sangre y hace hermanos á los hombres como la sangre de los padres!

OTRA VOZ

¡A todos nos dió la leche de sus tetas pedradas la Madre Diablesa!

MUCHAS VOCES

...¡La madre coja, coja y bisoja que rompe los pucheros! ¡La madre morueca que hila en su rueca los cordones de los frailes putaneros, y la cuerda del ajusticiado que nació de un bandullo embrujado! ¡La madre bisoja, bisoja corneja, que se espioja con los dientes de una vieja! ¡La madre tiñosa, tiñosa raposa, que se mea en la hoguera y guarda el cuerno del carnero en la faltriquera, y del cuerno hizo el alfiletero! ¡Madre bruja, que con la aguja que lleva en el cuerno, cose los virgos en el Infierno, y los calzones de los maridos cabrones.

(El Caballero, siente que una ráfaga le arrebatada de la silla, y ve desaparecer á su caballo echando lumbre por los ojos, en una carrera infernal. Mira temblar la luz del cirio sobre su puño cerrado, y advierte con espanto que sólo oprime un hueso de muer-

to. Cierra los ojos, y la tierra le falta bajo el pie y se siente llevado por los aires, cuando de nuevo se atreve á mirar, la procesión de los blancos fantasmas se detiene á la orilla de un río, donde las brujas departen sentadas en rueda. Por la otra orilla va un entierro. Canta un gallo.)

LAS BRUJAS

¡Cantó el gallo blanco, pico al canto!

(Los fantasmas han desaparecido en una niebla. Las brujas comienzan á levantar un puente y parecen murciélagos revoloteando sobre el río, ancho como un mar. En la orilla opuesta está detenido el entierro. Canta otro gallo.)

LAS BRUJAS

¡Canta el gallo pinto, ande el pico!

(Los arcos del puente empiezan á surgir en la noche. Las aguas negras y siniestras

espuman bajo ellos con el hervor de las calderas del Infierno. Ya sólo falta colocar una piedra, y las brujas se apresuran porque se acerca el día. Inmóvil en la orilla opuesta, el entierro espera el puente para pasar. Canta otro gallo.)

LAS BRUJAS

¡Canta el gallo negro, pico quedo!

(Las brujas dejan caer en el fondo de la corriente la piedra que todas en un remolino llevaban por el aire, y huyen convertidas en murciélagos. El entierro se vuelve hacia la aldea y desaparece en una niebla. El Caballero, como si despertase de un sueño, se halla tendido en medio de la vereda. La luna ha trasmontado los cipreses del cementerio y los nimba de oro. El caballo paca la hierba olorosa y lozana que crece en el rocío de la tapia. El Caballero

vuelve á montar y emprende el camino de su casa, de la cual halla francas las puertas. Congregadas en la cocina están cuatro viejas de la aldea y muerta y amortajada en su lecho, la moza con quien vivía en pecado mortal.)

* * * * *

EGLOGA



Por un viejo camino de sementeras y de vendimias conducen un rebaño dos mujeres de la aldea. La una, vieja y engalanada, es la ventera de la Venta del Frade, y la otra descalza y humilde la zagala que sirve allí por el yantar y el vestido.

En la paz de una hondonada umbría, dos zagales andan encorvados segando el trébol oloroso y húmedo, y entre el verde de la hierba, las hoces brillan con extraña ferocidad. Un asno viejo, de rucio pelo y luegas orejas, pace gravemente arrastrando el ronzal, y otro asno infantil, con la frente aborregada y lanosa y las orejas inquietas y burlonas, mira hacia la vereda erguido, alegre, picaresco, moviendo la cabeza como

el bufón de un buen rey. Al pasar las dos mujeres, uno de los zagales grita hacia el camino:

—¿Van para la feria de Brandeso?

—Vamos más cerca.

—¡Un ganado lucido!

—¡Lucido estabal... ¡Agora le han echado una plaga, y vamos al molino de Cela!...

—¿Van á dónde el saludador?... ¡A mi amo le sanó una vaca! Sabe palabras para deshacer toda clase de brujerías!

—¡San Berísimo te oiga!

—¡Vayan muy dichosas!

Las dos mujeres siguen adelante: buscan la sombra de los valladares y desdeñan el ladrido de los perros que asoman feroces, con la cabeza erguida, arregañados los dientes. Las ovejas llenan el camino y pasan temerosas, con un dulce balido, como en las viejas églogas. Los pardales revolotean á lo largo y se posan en bandadas sobre los valladares de laurel, derramando con el pico

el agua de la lluvia que aun queda en las hojas. En una revuelta del río, bajo el ramaje de los álamos, que parecen de plata antigua, sonrío un molino. El agua salta en la presa, y la rueda fatigada y caduca, canta el salmo patriarcal del trigo y la abundancia: su vieja voz geórgica se oye por las eras y por los caminos. La molinera en lo alto del patín, desgrana mazorcas con la falda recogida en la cintura y llena de maíz: grita desde lo alto al mismo tiempo que desgrana:

—¡Suras!... ¡Suras!...

Y arroja al viento un puñado de fruto que cae con el rumor de lluvia veraniega sobre secos follajes. Las gallinas acuden presurosas picoteando la tierra. El gallo canta. Las dos aldeanas salmodian en la cancela del molino:

—¡Santos y buenos días!

La molinera responde desde el patín:

—¡Santos y buenos nos los dé Dios!

A las saluciones siguen las preguntas lentas y cantarinas: las tres aldeanas hablan con una mano puesta sobre los ojos para resguardarlos del sol.

—¿Hay mucho fruto?

—¡Así hubiera gracia de Dios!

—¿Cuántas piedras muelen?

—Muelen todas tres: la del trigo, la del maíz y la del centeno.

—¡Conócese que trae agua la presa!

—En lo de agora no falta.

—¡Por algo decían los viejos que el hambre á esta tierra llega nadando!

La molinera baja á franquearles la cancela; pero la ventera y la zagala quedan en el camino hasta que una á una pasan las ovejas. Después, cuando el rebaño se extiende por la era, entran suspirando. La molinera hunde sus toscos dedos de aldeana en el vellón de los corderos.

—¡Lucido ganado!

—¡Lucido estaba!

—¿Por acaso hiciéronle mal de ojo?

—¡Todos los días se muere alguna oveja!

—¿Entonces, buscáis al abuelo?... Por ahí andaba... ¡Abuelo! ¡Abuelo!

Las tres mujeres esperan bajo el emparado de la puerta. El gallo canta subido al patín. Las gallinas aun siguen picoteando en la hierba, y la molinera les arroja los últimos granos de maíz que lleva en la falda. Por el fondo del huerto, bajo la sombra de los manzanos, aparece el abuelo: un viejo risueño y doctoral, con las guedejas blancas, con las arrugas hondas y bruñidas, semejante á los santos de un antiguo retablo, conduce lentamente, como en procesión, á la vaca y al asno, que tienen en sus ojos la tristeza del crepúsculo campesino. Tras ellos camina el perro, que, cauteloso, va acercándose al rebaño, y le ronda con las orejas bajas y la cola entre piernas. El viejo se detiene y levanta los brazos sereno y profético:

—¡Claramente se me alcanza que á este ganado vuestro le han hecho mal de ojo!...

La ventera murmura tristemente:

—¡Ay!... ¡Por eso he venido!...

El viejo inclina la cabeza. Las ovejas balan en torno suyo, y las acaricia plácido y evangélico. Después murmura gravemente:

—¡Valeros!... ¡No puedo valeros!...

La ventera suspira consternada:

—¿No sabe un ensalmo para romper el embrujo?

—Sé un ensalmo, pero no puedo decirlo. El señor abade estuvo aquí, y me amenazó con la paulina... ¡No puedo decirlo!...

—¡Y hemos de ver cómo las ovejas se nos mueren una á una!... ¡Un ganado que daba gloria!...

—¡Sí que está lucido! ¿Aquel virriato es todavía cordero?

—¡Todavía cordero, sí, señor!

—¿Y la blanca de los dos lechazos, parece cancina?

—¡Cancina, sí, señor!

El viejo volvía á repetir:

—¡Sí que está lucido! ¡Un ganado de regalía!

Entonces la ventera, triste y resignada, volvióse á la zagala:

—Alcanza el virriato, rapaza...

Adega corrió asustando al perro, y trajo en brazos un cordero blanco con manchas negras, que movía las orejas y balaba. Al acercarse, en los ojos cobrizos de su ama, donde temblaba la avaricia, vió como un grito de angustia el mandato de ofrecérselo al viejo. El saludador lo recibió sonriendo:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea!

La ventera, arreglándose la cofia, dijo con malicia de aldeana:

—Suyo es el cordero... ¡Mas tendrá que hacerle el ensalmo para que no se muera, como los míos!

El saludador sonreía, pasando su mano temblorosa y senil por el vellón de la res.

—Le haremos el ensalmo sin que lo sepa el señor abade.

Y sentándose bajo su viña, quitóse la montera, y con el cordero en brazos, benigno y feliz como un abuelo de los tiempos patriarcales, dejó caer una larga bendición sobre el rebaño, que se juntaba en el centro de la era yerma y silenciosa, dorada por el sol.

—¡Habéis de saber que son tres las condenaciones que se hacen al ganado!... Una en las hierbas, otra en las aguas, otra en el aire... ¡Este ganado vuestro tiene la condenación en las aguas!

La ventera escuchaba al saludador con las manos juntas y los ojos húmedos de religiosa emoción. Sentía pesar sobre su rostro el aliento del prodigio. Un rayo de sol, atravesando los follajes de la parra, ponía

un nimbo de oro sobre la cabeza plateada del viejo: alzó proféticamente los brazos, dejando suelto el cordero, que permaneció echado en sus rodillas.

—La condenación de las aguas solamente se rompe con la primera luna, á las doce de la noche. Para ello es menester llevar el ganado á que beba en fuente que tenga un roble, y esté en una encrucijada...

Dejó de hablar el saludador y el cordero saltó de sus rodillas. La ventera, con el rostro resplandeciente de fe, cavilaba recordando dónde había una fuente que estuviese en una encrucijada y tuviera un roble, y entonces el saludador le dijo:

—La fuente que buscas está cerca de San Gundián, yendo por el camino viejo... Hace años había otros dos: una en los Agros de Brandeso, otra en el atrio de Cela, pero una bruja secó los robles.

Después la ventera aun seguía hablando

con el saludador, mientras la pastora arrea-
ba las ovejas que, afanosas por salir al ca-
mino, se apretaban, estrujándose entre los
quicios de la cancela.

* * * * *

UNA DESCONOCIDA

Hace algunos años viajaba yo en el ferro-
carril Interoceánico de Xalapa á México. El
tiempo era delicioso y encantábase la vista
con el riquísimo verdor de la campiña, que
parecía palpitar ebria de vida bajo aquel sol
tropical que la hacía eternamente fecunda.

A veces venía á distraerme de la contem-
plación del paisaje la charla, un poco ba-
bosa, de cierta pareja que ocupaba asiento
frontero al mío. Ella bien podría frisar en
los treinta años; era blanca y rubia, muy
gentil de talle y de ademán brioso y des-
envuelto. El parecía un niño; estaba enfer-
mo sin duda, porque, á pesar del calor del
día, iba muy abrigado, con los pies envuel-
tos en una manta listada, y cubierta con un
fez encarnado la rala cabeza, de la cual se

despegaban las orejas, que transparentaban la luz.

Presté atención á lo que hablaban. Se decían ternezas en italiano. Ella quería ir á los Estados Unidos y consultar allí á los médicos de más fama; él se oponía, llamándola «cara» y «buona amica»; sostenía que no estaba enfermo para tanto extremo, y que era preciso trabajar y tener juicio. Si hallaban contrata en México, no debían perderla.

A lo que pude comprender, eran dos cantantes. Cerré los ojos y escuché, procurando aparecer dormido.

No estaban casados. Ella tenía marido; pero el tal marido debía ser peor que Nerón, á juzgar por las cosas que contaba de él.

Por un periódico tuvo noticia de que se hallaba cantando en México, y la dama, que parecía muy de armas tomar, hablaba de ir á verle, para que le devolviese las jo-

yas con que se le había quedado el «berganto».

—«Io no ho paura»—decía con una sonrisa extraña, que dejaba al descubierto la doble hilera de sus dientes, donde brillaban algunos puntos de oro.

Hundió en el bolsillo la mano, cubierta de sortijas, y la sacó armada de un revólver diminuto, un verdadero juguete, muy artístico y muy mono.

Siguieron hablando largo rato de gentes y cosas para mí desconocidas, hasta que fatigado el joven se acostó en el asiento, que ella dejó por completo á su disposición, para lo cual vino á instalarse cerca de mí, saludándome al mismo tiempo con una sonrisa.

Al principio guardamos silencio. Los dos fingimos contemplar el paisaje. El campo se hundía lentamente en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente. Por las ventanillas abiertas penetraba la brisa aromada y fecunda de los cre-

púsculos tropicales; la campiña toda se estremecía cual si acercarse sintiese la hora de sus nupcias, y exhalaba de sus entrañas vírgenes un vaho caliente de negra enamorada, potente y deseosa.

Aquí y allá, en la falda de las colinas, y en lo hondo de los valles inmensos, se divisaban algunos jacales que entre vallados de enormes cactus, asomaban sus agudas techumbres de cañamo gris medio podrido. Mujeres de tez cobriza y mirar dulce salían á los umbrales, é indiferentes y silenciosas contemplaban el tren que pasaba silbando y estremeciendo la tierra.

En el coche las conversaciones hacíanse cada vez más raras. Se cerraron algunas ventanillas, se abrieron otras; pasó el revisor pidiendo los billetes; apeáronse en una estación de nombre indio algunos viajeros, y todo fué silencio en el vagón. Y en tanto el crepúsculo detendía, por la gran llanura, su sombra llena de promesas apasionadas.

La naturaleza salvaje, aun palpitante de calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera cansada.

En aquellas tinieblas pobladas de susurros misteriosos y nupciales, y de moscas de luz que danzan entre las altas hierbas raudas y quiméricas, parecíame respirar una esencia suave, deliciosa, divina; la esencia que la primavera vierte al nacer en el cáliz de las flores y en los corazones.

Ya no recuerdo con qué ocasión, ni á qué propósito empezamos á hablarnos la italiana y yo. Sólo recuerdo que ella me contó su vida; una historia novelesca que en nada se parecía á la otra historia que pude colegir, cuando al comienzo del viaje oía su conversación con el adolescente del fez.

Y ahora resultaba que ella era la condesa de Lucca y aquel caballero enfermo el conde, su marido. Si yo había estado en Italia, con seguridad alguna vez habría oído

hablar de los Lucca, ¡porque eran de lo más ilustre! Y como yo recordase vagamente haber conocido un título de aquel ó parecido nombre, ella, sin dejarme hacer memoria, interrumpía:

¿Era viejo? Sería mi tío el príncipe. ¿Era mozo? ¿Militar? Sería mi hermano Aquiles, marqués de Lucca Vecchia.

Y sin detenerse proseguía el relato de sus grandezas con una verbosidad pintoresca y descosida, como los cintajos de su sombrero de viaje que alborotaba la brisa de las lagunas.

No llegamos hasta el anochecer. En el cielo sereno y límpido, lucían las primeras estrellas que se reflejaban en el fondo de las grandes charcas que esmaltan la meseta central.

Allá, en el borde del horizonte, sobre la ciudad, relampagueaban las nubes, mientras en el otro borde se marcaba el ocaso con una faja sangrienta. En la atmósfera tibia

y muda flotaba el olor acre de la tierra.

Antiguos canales de la época azteca orillan el camino. Las luces de la ciudad parpadeaban á lo lejos como pupilas foscas é inquietas de una gran manada de gatos monteses.

Ayudé á bajar del coche al conde de Lucca, que apenas podía moverse, y me despedí deseando toda suerte de felicidades á aquella extraña pareja. La condesa me estrechó las manos con muestras de mucho afecto. ¡Oh, ella no se olvidaría nunca de mí! ¡Yo tampoco la olvidé, qué diablo!

Después volví á verlos muchas veces: en todas partes los hallaba. Un día, en las torres de la Catedral, otro en un reñidero de gallos, la última vez en el castillo de Chapultepec dando confites á los tigres.

El conde de Lucca parecía más enfermo cada vez: no podía andar si no era apoyado en el brazo de la condesa.

Por algún tiempo dejé de verlos. Un día, ya los tenía casi olvidados, me tropecé con ella sola. Cuando le pregunté por el enfermo, se echó á llorar.

—¡Ah, mío povero!

Luego, entre suspiros, me contó que había muerto, y que ella quería trasladar sus adorados despojos á Italia, al panteón de familia. Se cubrió los ojos con el pañuelo, y lanzando un gemido, murmuró:

—¡Oh, el mío caro, el mío carísimo fratelo!

¿Su hermano?... ¡Pues no habíamos quedado en que era su marido!...

* * * * *

HIERBAS OLOROSAS

Yo estaba de cacería en Viana del Prior, cuando recibí una carta donde mi madre, en trance de muerte, me llamaba á su lado. Anocheceía y aun recuerdo aquella trágica espera mientras encendía un velón, para poder leer. Decidí partir al día siguiente. Pasé la velada solo y triste, sentado en un sillón cerca del fuego. Había conseguido adormecerme cuando llamaron á la puerta con grandes aldabadas, que en el silencio de las altas horas parecieron sepulcrales y medrosas. Me incorporé sobresaltado, y abrí la ventana. Era el mayordomo que había traído la carta, y que venía á buscarme para ponernos en camino. Manteníase ante la puerta, jinete en una mula y con otra del diestro. Le interrogué: